



DE LA SOBERBIA A LA IDEOLOGÍA

P. Ramiro Sáenz

DE LA SOBERBIA A LA IDEOLOGIA

El espíritu capital de la soberbia en el orden individual y social

Pbro. Ramiro Sáenz

Siempre me ha impresionado la facilidad con que, en los tiempos de epidemia marxista, se fabricaba un zurdo. Especialmente en medios estudiantiles, en pocos días y con un par de *slogans* se amasaba ya un militante. Más aún, había personalidades que todos podíamos adivinar serían presa de la ideología. Me refiero a las personas resentidas, soberbias, envidiosas, o con otras pasiones del estilo. Por supuesto que ninguno se veía en la necesidad de leer ni una línea de Marx, Lenin o el Ché. Por otro lado, ¡cuántas razones, pruebas, dificultades, explicaciones hay que dar para lograr y mantener un cristiano! He llegado a la conclusión que hay algo en el hombre, algo enfermizo y deforme, que lo dispone a esa postura tan contraria al orden natural. Y que esa armazón ideológica interpreta, sostiene, cultiva y fija esa inclinación interior. Hay una secreta afinidad que une ambas cosas: ese tipo de sujetos y ciertos contenidos doctrinales. En otras palabras, **hay hábitos viciosos de orden espiritual que son como la causa dispositiva para la ideología**. Es la base antropológica, mucho más que el contenido específico doctrinal, lo que funda esa cosmovisión, esa actitud ante la vida. Si bien hay varias pasiones en el fondo, como la envidia o el resentimiento, una de ellas es como su sustrato principal: la soberbia. Probarlo es el intento de este trabajo.

* * *

La inteligibilidad y comprensión del hombre y la historia no es fácil. ¿De qué es capaz en el orden del bien o del mal? ¿Qué reacciones son previsibles en el hombre? ¿Como se explican los grandes movimientos históricos? ¿Qué camino puede seguir el hombre y la humanidad? La respuesta última a estas preguntas sólo son posibles a la teología, que se basa en la Revelación de Dios. Ello tanto para conocer en profundidad al hombre como, si se trata del futuro, para conjeturar los hechos libres o conocerlos con certeza por la profecía.

De diversa manera y con dispar participación, hay tres protagonistas de la historia: Dios, el hombre y el demonio. Desconocer alguno de ellos es ignorar algo fundamental de los acontecimientos históricos del pasado, presente o futuro. Pero como **la historia es la proyección del hombre en el tiempo**, el hombre será el lugar propio donde debemos indagarla. Allí en el corazón humano, que es el centro de las decisiones, es donde confluye la acción de Dios y del mal espíritu. Pero ambos obran según sus propias posibilidades y según el modo del sujeto, es decir, el hombre. De allí que si Dios omnipotente mueve a cada ser según su naturaleza (tanto al racional como al irracional), el demonio, lleno de limitaciones, sólo podrá limitarse a tentar o persuadir al espíritu humano.

Es decir que conociendo el corazón humano podemos indagar su capacidad para el bien y el camino que seguirá así como el del mal y sus posibilidades. La antropología teológica es uno de los conocimientos fundamentales para comprender la historia y el presente.

La tradición cristiana ha profundizado en el conocimiento de hombre, tanto en lo que San Pablo llamaba el “*hombre viejo*” como el “*hombre nuevo*”, el hombre caído como el hombre restaurado en Cristo. O sea, lo que el hombre es en su naturaleza, su corrupción y su plenitud. Desde muy temprano logró precisar tanto el orden del organismo natural-sobrenatural que lo plenifica (virtudes teologales, cardinales y dones) como los ocho móviles o apetencias más fuertes que solicitan desordenadamente en corazón humano y lo corrompen. Estos últimos son los llamados “espíritus” o “vicios” capitales¹. Uno de ellos, el más espiritual y perjudicial de todos, es el de soberbia, denominado también orgullo o arrogancia. Pecado del demonio, de Adán y del Anticristo.

Vamos a indagar por tanto en este pecado y sus consecuencias sociales.

I- LA SOBERBIA EN EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD

Las inclinaciones humanas, buenas o malas, admiten una gama ilimitada de grados. En la medida en que los hábitos crecen, se va configurando toda una psicología dominada por ese hábito. Así podemos hablar del hombre “económico”, “lujurioso”, “ambicioso”, “soberbio”, etc., en el orden del mal; como del “religioso”, “paciente”, “creyente”, en el del bien. Cuando toda una sociedad peca, se originan verdaderos “hábitos sociales”, con una naturaleza análoga al del hombre individual. Vamos a analizarlo en ambos órdenes.

1- La soberbia, “*regina omnium vitiorum*”

Naturaleza. La tradición cristiana lo ha definido como el “*apetito desordenado de la propia excelencia*”² o “*apetito perverso de excelsitud*”³. *Apetito* que significa amor, deseo, complacencia, gozo de sí en lo que más es capaz de seducir al espíritu humano que son los bienes espirituales. Este amor desordenado de sí, profunda inclinación enfermiza producida por el desorden del pecado original, no tiene límites porque el hombre anhela la felicidad sin límites y allí piensa encontrarla. Si bien tiene grados infinitos, se orienta en una dirección que implica la exaltación del yo hasta una cierta divinización y al máximo “*desprecio de Dios*”, como observaba San Agustín. Nos dice Santo Tomás: “*A la soberbia pertenece no querer someterse a ningún superior, máxime a Dios; y, consiguientemente, el que uno mismo se exalte, sin medida, sobre las propias facultades*”⁴.

Siguiendo a San Gregorio Magno⁵, Santo Tomás enumera sus especies:

Jactancia de poseer lo que no se posee, es decir, se engaña sobre lo que uno mismo es o posee. Es el engaño sobre la naturaleza misma del hombre, sus capacidades y límites.

Crear que los bienes recibidos de Dios los poseemos por derecho propio o los hemos merecido. Es decir, que somos autosuficientes, autónomos, sea para alcanzar nuestro fin último o para construir nuestra propia felicidad.

¹Es mejor llamarlos así, al modo de hábitos, que “pecados”; estos lo engendran o proceden de ellos.

² *Inordinatus appetitus propriae excellentiae*. Santo Tomás, *Suma Teológica* II-II, 162, 2. En adelante citaremos directamente esta obra de Santo Tomás indicando la parte (II-II), la cuestión (162), el artículo (2) y la objeción (ad 1).

³ *Perversae celsitudinis appetitus*. San Agustín, *De civitate Dei*, XIV, 13.

⁴ I-II, 84, 2 ad 2.

⁵ *Moralia in Iob*, XXIII, 6.

Desprecio y sometimiento de los demás. Es otro aspecto derivado, por el cual nos engañamos sobre los demás como nos habíamos engañado sobre nosotros mismos, pero siempre en el mismo sentido: nuestra singularidad y grandeza. Les hacemos sentir incluso la superioridad no sólo rebajándolo sino sometiéndolo. “*La soberbia, dice San Agustín, intenta ser una perversa imitación de Dios. Odiando verse igual a los demás, trata de imponerles su dominio como si fuera divino*”⁶. De todo esto sacaremos luego importantes consecuencias sociales.

Vicio capital. Todo hombre, necesariamente, anhela ser feliz. Esta inclinación del espíritu humano está en la misma esencia de su ser y por lo tanto es irrenunciable. En esa apetencia está implícito el llamado de Dios a la felicidad eterna. Por eso Cristo en el Sermón del Monte, síntesis de toda la moral y espiritualidad cristiana, va a comenzar cada propuesta con aquella llamativa expresión: “*Bienaventurados..., Felices...*”. El problema que se le plantea al hombre, no es la misma felicidad sino el camino para encontrarla. La propuesta de Cristo es entonces sobre el misterioso y arduo camino que conduce a ella. Buscarla por una senda errónea es nunca encontrarla. He aquí el perpetuo drama de la humanidad.

Si observamos con atención el obrar humano, percibimos que los móviles más fuertes que tiene el hombre para buscar esa felicidad por un falso camino (bienes aparentes), descubrimos que hay algunos que son como terminales, que se buscan por sí mismos. Para entenderlo mejor será necesario tener en cuenta que hay dos **pasiones** que son **principalísimas** en el hombre, y como fundamentales, a las cuales se pueden reducir todas las demás: **delectatio (o gaudium) et tristitia** ⁷. Ambas se dan tanto en el orden sensible como, por extensión, en el espiritual. El hombre naturalmente huye de aquello que le da tristeza, y así tenemos la acidia, la envidia y la ira. A su vez busca la felicidad en el bien, aparente, que mueve el apetito. Ese bien puede ser triple: el bien del alma, y de allí nace la vanagloria y la soberbia, el del cuerpo, y tenemos la gula y la lujuria, o los bienes exteriores que originan la avaricia. Podríamos explicarlas también, con palabras del mismo Santo Tomás, observando que el bien aparente fascina por tres razones:

*“El bien mueve al apetito principalmente por razón que **participa alguna propiedad de la felicidad**, que naturalmente todos apetecemos.*

*A cuya esencia pertenece, ante todo, cierta **perfección** (perfectio), pues la felicidad es el bien perfecto; a ella pertenece la excelencia o claridad que apetecen la **soberbia y vanagloria**.*

*En segundo lugar, de su esencia es la a **suficiencia** (sufficientia), lo cual apetece la **avaricia**, en cuanto le prometen las riquezas.*

*En tercer lugar, le pertenece la **delectación** (delectatio), sin la cual no existe la felicidad, y esto apetecen la **gula y lujuria**”⁸.*

El poderoso atractivo para el pecado que significan estos vicios capitales es justamente por ser una **caricatura de la felicidad eterna**, una falsa promesa de bienaventuranza. Por otro lado, se huye del mal presente, es decir la tristeza, aunque nos haga perder el bien que le estaba unido.

⁶ De Civitate Dei, XIX, 12, 2.

⁷ Santo Tomás, Suma Teológica, I-II, 25, 4 y 84, 4, ad 2.

⁸ Santo Tomás, I-II, 84, 4.

Si se trata del propio bien que se busca huyendo de la tristeza del bien espiritual por el esfuerzo que supone, tenemos la acidia. Si se trata del bien ajeno que empaña nuestra gloria y se da sin rebelión, aparece la envidia; si es con rebelión que pide venganza tenemos la ira.

Esta es la razón por la cual se puede concluir que es de la esencia de un vicio capital poseer **principalísimas razones para mover el apetito**⁹. De allí nace una nota que le es propia: que **de ellos nacen muchos otros vicios o pecados**¹⁰. Son entonces inclinaciones “capitales”, vicios madres que dan el primer impulso y la razón última a muchos otros. Sobre ellos ejerce una causalidad que le imprime incluso su modo: es **directivum et ductivum**¹¹ de sus hijas. Así, por ejemplo, de la envidia nacerá la murmuración, la difamación, el odio; de la avaricia la insensibilidad al prójimo, el engaño o el fraude.

Con la soberbia ocurre algo muy particular en este orden. Los doctores cristianos han vinculado su experiencia a aquella observación del Eclesiástico: “*La soberbia es principio de todo pecado*” (10, 15). Han concluido que esta inclinación desordenada del espíritu humano tenía una particularidad. Era capaz de influir sobre todo el resto de la vida moral. Una **capitalidad universal**. Santo Tomás habla de la “*redundantia*” sobre los demás vicios¹². Este influjo puede darse de dos modos. **Directamente**, o *per se*, ya que todos los pecados *pueden* ordenarse al fin de la soberbia (no que siempre sea así). Sea **indirectamente**, o *per accidens*, pues al despreciar la ley divina, por la que el hombre se abstiene de pecar, queda “liberado” para su propio mal, como indicaban las palabras del profeta: “*Hiciste pedazos el yugo, rompiste las ataduras y dijiste: no serviré*” (Jer 2, 20). Destruído este valioso vínculo el hombre queda a la deriva y entonces de ella pueden nacer todos los vicios. Por esta razón, desde San Gregorio no se la suele enumerar entre los vicios capitales sino como por encima de todos ellos: “*Cuando la soberbia, reina de los vicios (vitorum regina), se hace dueña del corazón, lo entrega a los siete vicios capitales, lo mismo que a capitanes de un ejército de devastación, de los que nacen otros muchos vicios*”¹³. “*Es la ruina de todas las virtudes*”¹⁴. Es el “*más importante entre los vicios capitales*”¹⁵. Tales expresiones no son exageradas pues no sólo destruye su opuesta, la humildad, sino que es capaz de derrumbar todo el edificio espiritual y hasta de las mismas virtudes puede hacer ocasión de pecar.

Analizando la doble afirmación de la Escritura: “*La soberbia es principio de todo pecado*” (Ecl 10, 15) y “*La avaricia es raíz de todos los males*” (1 Tim 5, 10), santo Tomás percibe el vínculo escondido que une ambos vicios capitales, los más nocivos entre todos:

“*En el orden de la intención es el fin quien tiene razón de principio. Y en todos los*

⁹ *Primarias rationes movendi appetitum.*

¹⁰ *Vitia capitalia dicuntur ex quibus alia oriuntur praecipue secundum rationem causae finalis.*

¹¹ Ibid a. 3.

¹² Ibid a 2 y a.5 ad 1

¹³ *Morales* 31; cit. por Santo Tomás II-II, 162, 8.

¹⁴ San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, cit. por Santo Tomás en II-II, 162, 2 ob. 3.

¹⁵ *Principalius capitalibus vitiis.* Ibid, a 8 ad 3.

bienes temporales, el fin que el hombre busca es poseer cierta perfección y excelencia. Por este lado la soberbia, que es el apetito de la excelencia se pone como principio de todo pecado.

En el **orden de la ejecución**, en cambio, es primero todo lo que ofrece oportunidad de satisfacer todos los deseos pecaminosos, y tiene razón de raíz, como son las riquezas”¹⁶.

He aquí aclarada la relación no sólo de avaricia y soberbia, sino el origen del espíritu burgués y la ideología en su expresión mas acabada: el marxismo.

Efectos. Este amor desordenado de sí que aparta de la luz Divina produce un sutil oscurecimiento de la inteligencia. Si bien este hábito está en la voluntad, pues es un apetito, de la unidad del sujeto surge esta inevitable consecuencia. Bien observaban Aristóteles y Santo Tomás que “*lo que se desea con ardor se cree fácilmente*”¹⁷. Ese amor de sí desvía el entendimiento de la verdad, de la luz, y se hace vulnerable a los más catastróficos engaños que afectarán su existencia. El hombre se sume en las tinieblas, pues “*cuando la conciencia, este luminoso ojo del alma, llama ‘al mal bien y al bien mal’ (Is, 5, 20), camina ya hacia su degradación más inquietante y hacia la más tenebrosa ceguera moral*”¹⁸. En contrapartida, el hombre aplicará las fuerzas de su inteligencia al servicio del apetito desordenado de su excelencia. Podemos entrever entonces que de una tal actitud del espíritu puede surgir en el orden social desde una cruel tiranía hasta un sistema filosófico¹⁹.

Sigamos el prolijo análisis de Santo Tomás para ahondar en el tema.

Este amor desordenado produce un **doble alejamiento de la verdad**.

Uno **indirectamente**. El soberbio es incapaz de esa docilidad necesaria al espíritu humano para ser enseñado por otro, y mucho más, por Dios. No escucha, no acepta otra opinión, no aprende de los demás. El es creador de su propia verdad y bien, él se convierte en la regla y medida de todas las cosas. De allí nace ese mundo ficticio que existe sólo en su subjetividad. Es la pérdida del realismo, del contacto con la “*verdad de las cosas*”, como dirían los antiguos. Ya no es la inteligencia que se deja moldear por el ser de las cosas. El crea su verdad, su moral, su religión. Santo Tomás recalca con frecuencia, siguiendo a la tradición, que en el soberbio se corrompe la “*vera existimatio*”²⁰ de la realidad, la “*cognitio veritatis*”²¹. Tal cual como lo afirma el Evangelio: “*Has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes (soberbios) y las has revelado a los pequeños (humildes)*” (Mt 11, 25).

Directamente impide el conocimiento afectivo (cognitio affectiva) de la verdad al “*deleitarse en su propia excelencia*”. Sienten verdadero “*fastidio*” por la verdad²² y por lo tanto no sólo no la buscan con ahínco sino que les produce rechazo. Claro que no se trata de una cerrazón e incapacidad para el conocimiento de las ciencias experimentales ni las matemáticas ni todo aquello que no lo cuestione en su yo sobredimensionado. Mas bien al contrario. Puede agudizar su inteligencia para adquirir más riqueza, poder, fama, etc. Esta

¹⁶ I-II, 84, 2.

¹⁷ II-II, 162, 3 ad 2.

¹⁸ Juan Pablo II, encíclica *Evangelium vitae*, 24.

¹⁹ García Vieyra, A., *La soberbia*, Mikael 31, p. 76.

²⁰ Ibid 4 ad 1.

²¹ Ibid 3 ad 1.

²² *Excellentiam veritatis fastidiunt*. Ibid

actitud del espíritu explica la facilidad con que algunos sintonizan con todo lo bueno, verdadero, noble, justo. Otros, en cambio con todo lo falaz, hipócrita, malo, feo, innoble, injusto. He ahí las dos actitudes opuestas: la del humilde y la del soberbio. “*Para los ojos enfermos es odiosa la luz, que sin embargo para los puros es agradable*”, dirá San Agustín.

Hablando San Pablo de los incrédulos, dice que “*cegó el dios de este mundo*” (2 Cor 4, 4). Refiriéndose a los últimos tiempos, afirma que los hombres “*no soportarán la sana doctrina sino que se buscarán maestros conformes a sus pasiones*” (2 Tim 4, 3).

Apartada la inteligencia de la realidad, de la luz, por la que no siente amor sino ya aversión, se lanza a elaborar ideas que sustituyan su natural actitud contemplativa. Crea así un mundo puramente imaginario, pura subjetividad. Luego seguirá el frenesí por la acción, por construir un mundo nuevo habitable, donde satisfacer sus apetencias de felicidad. Toda esta construcción de ilusiones seguidas de trágicas consecuencias es lo que se ha llamado **utopía**.

Gravedad. Es otro aspecto que surge de lo anterior. Es propio de todo pecado la aversión a Dios y la conversión a las creaturas. El primer elemento es el más esencial, en tanto que la conversión es lo secundario. Pero aquí, “*apartarse de Dios y sus preceptos, que es algo consecuencial en los demás pecados, a la soberbia le pertenece esencialmente (per se), cuyo acto consiste en el desprecio de Dios*”²³. Dice Boecio que “*si bien todos los vicios nos alejan de Dios, sólo la soberbia se opone a él*”. Por ello la Escritura afirma que “*Dios resiste a los soberbios*” (Sant 4, 6). Ese desprecio divino que puede transmitir a otros pecados, como la infidelidad, la desesperación y otros, los agrava con su motivo propio y esencial. Tal es la gravedad de este pecado que San Gregorio llega a considerarlo un “*signo clarísimo de reprobación*”²⁴. Justamente la actitud contraria a la “conversión”, acto primero y central de movimiento hacia Dios.

2- La blasfemia contra el Espíritu Santo

Completemos el nefasto ámbito de la soberbia con un breve comentario del texto de san Mateo (12, 31-2) donde habla de la “*blasfemia contra el Espíritu Santo*”, que en palabras del mismo Cristo, “*no tiene perdón, ni en este mundo ni en el otro*”²⁵. Se trata de un “*género especial de pecados*”, *ex certa malitia*, de verdadera malicia que, si bien se oponen a diversas virtudes (fe, esperanza, etc.), no sólo convienen en lo genérico respecto a su causa (*ex malitia*) sino que convienen en otro aspecto. Se da “*cuando se desecha o aparta con desprecio lo que podía impedir la elección del pecado*”²⁶; es el “**rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo**”²⁷. La imposibilidad del perdón no viene de Dios sino de la cerrazón del corazón humano a la fuente de la salvación.

Santo Tomás enumera las seis siguientes especies: presunción, desesperación, impugnación de la verdad manifiesta o resistencia a la verdad, envidia de la difusión de la gracia en el mundo, impenitencia positiva (o propósito de no arrepentirse), obstinación en

²³ Ibid a 6.

²⁴ Mor. 34; cit. por Santo Tomás II-II, 162, 5 sc.

²⁵ Santo Tomás ibid, II-II, 14, 1-4.

²⁶ Ibid a. 1.

²⁷ Juan Pablo II, encíclica *Dominum et vivificantem*, 46.

el mal. Como podemos ver, se trata de pecados gravísimos que son casi el anticipo de una segura condenación. Directa o indirectamente, todos estos nacen de la soberbia²⁸.

3- El castigo de la soberbia y pecados contra el Espíritu Santo

Basándonos en la carta de San Pablo a los Romanos (1, 18-3, 20), donde el Apóstol se refiere al castigo del mundo pagano y judío, podemos considerar el modo como Dios hace justicia ya en esta vida a los pecados más graves de la sociedad, como son los que hemos mencionado. Ante todo Dios castiga retirando la gracia, sin la cual no es posible evitarlos, mencionado muchas veces en la Escritura como **“abandono” o “entrega” de Dios**. Esta sustracción, que tiene sentido **penal**²⁹, produce lo que la Escritura ha llamado **“ceguera”**³⁰, **“sordera”**³¹ o **“endurecimiento del corazón”**³² como efectos penales³³. *“La facilidad de cometer algunos pecados es pena de los pecados ya cometidos”* nos dice San Agustín³⁴.

Ello significa que el hombre se derrumba estrepitosamente, cayendo en especial en las faltas carnales, las que más lo humillan, en todas sus especies, particularmente las más vergonzosas, como dice san Pablo: *“Los entregó a los deseos perversos de su corazón... a pasiones infames, pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza; igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abasaron en deseos los unos por los otros”* (Rm 1, 24-27); y en otro lado: *“Os conjuro a que no viváis como viven los gentiles en la vaciedad de su mente... los cuales habiendo perdido el sentido moral se entregaron al libertinaje, hasta practican con desenfreno todo género de impurezas”* (Ef 4, 17-19). Santo Tomás interpreta este modo de obrar de Dios con el soberbio en analogía con el argumento por el absurdo³⁵. *“Así también Dios, para castigar la soberbia de los hombres, permite que algunos incurran en pecados carnales que, si bien menores, contienen un género de torpeza más evidente”*³⁶.

Al alejarse de la luz, pierde el sentido de la verdad, de la realidad. Paradojalmente, el hombre hinchado en su propio ser, ya no acierta a saber quien es ni lo que le conviene.

4- Los pecados sociales

²⁸ Por ejemplo, de la presunción como pecado contra el Espíritu Santo, dice Santo Tomás: *“La presunción, que es una esperanza desordenada, pertenece principalmente a la soberbia”*. VIII De Malo, 3 ad 1.

²⁹ Son *“quaedam poenae”*, I-II, 79, 3 ad 1; *“Et talis privatio est caecitas quae est poena, secundum quod privatio luminis gratiae quaedam poena ponitur”*, II-II, 15, 1.

³⁰ *“Su malicia los cegó”*. Sab 2,21

³¹ *“Endurece el corazón de este pueblo y tapa sus oídos”*. Is 6, 10.

³² *“Se compadece de quien quiere y endurece el corazón de quien le place”*. Rm 9, 18.

³³ *“Son estos efectos diversos, correspondiendo a los efectos de la gracia, que perfecciona el entendimiento con el don de sabiduría e inflama el afecto con el fuego de la caridad. Y como al conocimiento intelectual concurren principalmente dos sentidos, la vista y el oído; la vista sirve para el descubrimiento de las cosas (inventio) y el oído para aprender de los demás (disciplina), de ahí que ponga la ‘ceguera’ y la ‘sordera’; en cuanto a afecto pone el ‘endurecimiento del corazón’”*. Santo Tomás, I-II, 79, 3.

³⁴ *De diversis questionibus LXXXIII liber unus*, 79, 1.

³⁵ *Syllogismis ducentibus ad impossibile*

³⁶ II-II, 162, 6 ad 3.

Otra dimensión especial del pecado que hay que considerar es la social. Modernamente se habla de “*estructuras de pecado*”³⁷, “*pecados colectivos*” o “*pecados sociales*”³⁸. Dejando de lado la interpretación ideológica de la expresión, que niega la naturaleza personal del pecado para depositarla en la sociedad como sujeto, le cabe un sentido correcto. Se trata de aquellos pecados que, por la acción positiva de algunos, la aceptación de la mayoría y la excesiva tolerancia de otros, se han hecho **hábitos sociales**. Más aún, se han hecho “cultura” en la sociedad e incluso tales costumbres pueden haberse ya transformado en leyes. Pensemos en las costumbres, hechas ley, del divorcio, aborto, control de la natalidad, relativismo moral, igualación de todos los cultos, determinación por consenso el bien de la sociedad, libertad sin límites, política y escuela laica, etc. Entonces lo malo ya no nos parece tan malo y incluso nos puede parecer bueno y normal, llegando a llamar bien al mal y mal al bien (Is 5, 20). Así “*se engendran estructuras injustas que hacen ardua y prácticamente imposible una conducta cristiana, conforme a los mandamientos del Legislador Divino*”³⁹. Santo Tomás habla de la situación de extrema gravedad que se presenta en el “*peccatum multitudinis*” o “*quando tota multitudo peccat*”⁴⁰ y los castigos que debería aplicar la sociedad a imitación de Dios como lo hizo con los Egipcios (Ex 14, 22), los sodomitas (Gen 19, 25), los adoradores del novillo (Ex 32, 27-28), la idolatría de Israel (Nm 25, 4).

Cuando estas faltas de justicia no son sancionadas por la sociedad y quedan impunes, se dice en la Sagrada Escritura que “*claman al cielo*”, como el de Abel (Gn 4, 10) o el de los Egipcios (Ex 3, 7-10). Y dice San Agustín: “*Tal iniquidad en los divinos libros es llamada ‘clamor’, ... porque no sólo no se castigaban ya entre ellos aquellas torpezas, sino que se celebraban públicamente como por ley*”⁴¹.

A estos hábitos sociales se puede aplicar lo que Santiago Ramirez observaba de los personales: “*Los hábitos contienen en sí toda la vida humana, esto es, la pasada, la presente y la futura*”⁴². La pasada, porque un hábito se engendra por la repetición de actos; la presente, porque se obra con prontitud y facilidad respecto a su objeto; futura, porque tienen cierta estabilidad. Esta inercia de los hábitos sociales será para su mayor bien o mal.

Hablar de *pecados sociales*, es entrar directamente en el tema del “*mundo*”, de amplio desarrollo Evangélico, especialmente en San Juan 13-17. Tales pecados sociales tienen un “*exacerbamiento inteligente*” que no puede explicarse sino por la presencia de una “*cabeza perversa e inteligente*”, a quién Cristo llamó el “*príncipe de este mundo*” (Jn 12, 31).

II- LA IDEOLOGIA⁴³

³⁷ Así, por ejemplo, en la encíclica *Evangelium vitae*, refiriéndose al aborto, dice que “*estamos ante lo que puede definirse como una “estructura de pecado” contra la vida humana aún no nacida*” (59)

³⁸ Ver especialmente Juan Pablo II, Ex.Ap. *Reconciliatio el Poenitentia*, 16.

³⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 1887.

⁴⁰ II-II, 108, 1, 5 ob. y ad 5.

⁴¹ *Enquiridion de fide, spes et caritate*, 53.

⁴² *De habitibus in communi*, I, p. 5-6, C..S.I.C.

⁴³ Vid especialmente J.A. Widow, *El hombre, animal político*, APC. Guadalajara, México-Nueva Hispanidad, Bs. As. 2001; C. Masini Correas, *El renacer de las ideologías*, Idearium, Mendoza 1984.

1- ¿Qué es la ideología?

No es lo mismo que doctrina o conjunto de ideas o principios, propios de una cosmovisión. En ese sentido se podría hablar de la ideología cristiana, musulmana o griega. Estamos hablando de ideología en el sentido moderno de la palabra que pasaremos a definir.

El concepto nace a fines del siglo XVIII en Francia por obra del empirista Antoine Destutt de Tracy (1754-1836). El se refería a una presunta ciencia que estudiaría el origen de las ideas a partir de las disposiciones del sujeto, de la cultura o la historia. El intento mismo ya lo acusa de una clara concepción positivista. Es decir, un hecho espiritual, propio de la inteligencia que conoce (o yerra), quiere se explicado como un epifenómeno de elementos o acciones materiales, única dimensión de las cosas para ellos. De todas maneras el tema había sido ya considerado en sus justas exigencia por la gnoseología, parte de la antropología, en los estudios clásicos. Precisamente dentro de este campo es donde vamos a analizar este fenómeno del pensamiento y del comportamiento humano.

Como todos los fenómenos sociales, no ha aparecido de golpe en la sociedad. Ha sido necesario un largo y complejo itinerario. Para hacer desde ya una aproximación, podemos decir que como hecho histórico tiene una expresión manifiesta a fines del siglo XVIII con la Revolución Francesa. Luego, con los lógicos avances y retrocesos, se consolida como doctrina filosófica y político-social en los grandes sistemas que se han conocido hasta ahora. Tales como la ideología liberal, la nacional-socialista, la socialista-marxista y la tecnocrática. Habría que agregar hoy las ideologías religiosas (Moon, Testigos de Jehová, New Age). Especialmente con el marxismo-leninismo parece haber llegado a una cierta madurez. *“El sistema que ha dado el máximo desarrollo y ha llevado a sus extremas consecuencias prácticas esta forma de pensamiento, de ideología y de praxis, es el materialismo dialéctico e histórico, reconocido hoy como el núcleo vital del marxismo”*, afirma Juan Pablo II⁴⁴.

Para entenderlo mejor debemos hacer algunas aclaraciones.

1- Como en el orden moral individual, hay hábitos buenos o malos que no aparecen repentinamente. Suponen un proceso. En este caso, de **descomposición social**. Este deterioro se va produciendo en todos los campos que afectan la conducta humana: filosófico, educativo, político, artístico, etc. En unos la corrupción es más bien intelectual, en otros es la docilidad para el mal y la incapacidad de reacción. En el todo social, una pérdida de hábitos que hace posible la aparición del hombre masa, el hombre sin principios de vida, ni articulación, ni virtudes. El hombre amorfo capaz de someterse a toda clase de directivas sin reacción y hasta con un cierto gusto. En realidad, entre las promesas de los profetas de la ideología con su lenguaje pseudo-religioso y la docilidad del hombre sin forma hay una profunda sintonía. Son los *“maestros conformes a sus pasiones”* (2 Tim 4, 3).

2- Nunca se encuentran las ideologías **químicamente puras**. Sea por la resistencia de las tradiciones en contrario o por la misma naturaleza, suelen encontrarse muy matizadas. El ejemplo de la Revolución Francesa con sus cuatro etapas en las que una aniquilaba la anterior, o el más reciente de la Unión Soviética, hacen ver que en estado puro sólo se encuentra en la mente de los ideólogos.

⁴⁴ Encíclica *Dominum et vivificatam*, 56.

3- Más que un conjunto de ideas y doctrinas comprensibles por una élite, que también lo es, habría que hablar de una **mentalidad ideológica**, que hoy constituye un verdadero *espíritu de los tiempos*. Hoy encontramos en la calle al hombre común con estos hábitos. Lo que hace preveer que fácilmente caerá en la primera propuesta ideológica que se le presente. Especialmente los jóvenes, desprovistos de formación, ávidos de todas las novedades y promesas, suficientemente faltos de experiencia y con capacidad de enrolarse en cualquier aventura utópica.

Para entenderla mejor, podríamos definirla fenomenológicamente por estos cinco elementos.

1- **Racionalismo**. Desde la decadencia del valor de la inteligencia, con el nominalismo⁴⁵, se puede seguir la coherente y progresiva historia de un proceso de **separación de la inteligencia respecto a su objeto**. Paradojalmente, el siglo XVIII, llamado con orgullo de la *Razón*, de las *Luces*, o simplemente de la *Ilustración* es justamente una gran etapa de oscurecimiento mental. Pierde un doble contacto que la hace fecunda. Por un lado se vuelve **autónoma de la Revelación**. Es la razón contra la Revelación. No ya la razón de Aristóteles o Platón que debió esforzarse solitaria por desconocer las luces de la Revelación manifestada por Cristo, sino un verdadero pecado social contra la Luz. Por otro, también **pierde contacto con la realidad individual, propio de la experiencia**. Con todo, en este campo de las realidades sensibles ocurre algo muy particular. Dado que comienza un proceso acelerado de desarrollo de las ciencias experimentales, y dentro de ellas, las que gozan de mayor prestigio por su certeza son las físico-matemáticas, estas se convierten en el modelo de todo saber cierto y seguro. Por ello cuando se habla de “científico”, se habla de este modelo. Las ciencias sociales y políticas se harán esencialmente deductivas, al modo de las matemáticas y la física. Irán de la idea a la realidad y no a la inversa. El hombre será entonces una unidad matemática, abstracta, impersonal. Los conceptos que use la ideología tendrán la frialdad y la asepsia de los elementos químicamente puros. Manejará abstracciones y no realidades: hombre, libertad, raza, sociedad, etc.⁴⁶ Esta es la razón última por la que estará siempre a contrapelo de la realidad del hombre y la sociedad. Cuando han trascendido el escritorio del ideólogo y se han querido aplicar a la realidad, la han aniquilado, dejado su secuela de muerte y destrucción. Hay que hacer el traje a la medida del hombre (real) y no mutilar al hombre para acomodarlo al traje, decía jocosamente Chesterton.

El liberalismo sacraliza la Razón, a la que llegó a llamarla “diosa Razón” y le dedicó un templo. Lo mismo la libertad absoluta, que no existe en el hombre real, y en su nombre y para instalarla en la sociedad se aniquilaron miles de hombres. En el célebre cuadro de la Revolución Francesa de Delacroix, la libertad figurada en una mujer con el torso desnudo y la bandera de la Francia moderna, avanza sobre cadáveres. Hobbes (+ 1679), anticipo de Rousseau y su contrato social, concibe la ciencia política al modo de la ciencias

⁴⁵ Corriente filosófica nacida con Guillermo de Ockham (1270-1347) que sostiene que sólo existen los individuos y no hay conocimiento propio sino de lo singular; las esencias universales son inexistentes, son sólo palabras. Más que una simple teoría gnoseológica nace una actitud del espíritu: las cosas son simple materia sobre la que el entendimiento humano construye la realidad. Desaparece la actitud contemplativa del intelecto para transformarse en poder y dominadora libre de su objeto.

⁴⁶ Es sintomático que prácticamente toda la preocupación de la filosofía moderna, al menos desde Descartes (1596-1650), ha quedado fijada en el planteo sobre la posibilidad de conocer. La filosofía ha quedado reducida a la gnoseología sin poder avanzar hacia su cubre natural: la metafísica. Es el ámbito cultural más docto donde se da aquella realidad que indicaba San Pablo: “*Se entontecieron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció*” (Rm 1, 21), y aquel otro: “*Siempre buscando y nunca encontrando la verdad*” (2 Tim 3, 7). Justamente la llamada “postmodernidad” es la confesión de la incapacidad de la razón para comprender sapiencialmente toda la realidad.

matemáticas. En los días del Terror, en la Revolución Francesa, dirá Dantón: “*Proceded como la naturaleza, que no respeta al individuo para salvar la especie*”. El marxismo se llamará “científico”, porque sólo él ha comprendido el sentido de la historia. Y el hombre del que nos hablará es el “hombre genérico”, definido como “*el conjunto de las relaciones sociales de producción*”⁴⁷. El nazismo pretenderá basarse en las conclusiones científicas de los antropólogos y la nueva ideología tecnocrática manejará al hombre como un objeto, una simple “materia prima”.

Este divorcio con la realidad hará nacer un sin fin de contradicciones:

A modo de ejemplo, este texto de Rousseau:

“*Con el objeto que el pacto social no sea un vano formulario, comprende tácitamente este compromiso, el único que puede dar fuerza al resto: que aquél que rehúse obedecer a la voluntad general, será obligado a ello por todo el cuerpo; lo cual no significa otra cosa sino que se le obligará a ser libre*”⁴⁸.

Y este otro de Voltaire:

“*Es necesario de los hombres comiencen a dejar de ser fanáticos para merecer la tolerancia*”⁴⁹.

Como decía con humor aquel verso español:

“*Libertad absoluta proclamo en alta voz,
y muera el que no piense igual que pienso yo*”.

Son los que ante el fracaso de la ideología democrática insisten en sanear la democracia con más democracia. Los ideólogos del marxismo, ante su colapso histórico sostenían que le faltó ser suficiente marxista y falló por lo que le quedaba de burgués.

Es de advertir que para el pensamiento clásico, realista y cristiano no está vedado el uso de la razón sino al contrario. Pero es la razón que parte de la experiencia, la analiza a la luz de los primeros principios y abstrae las esencias de las cosas. A su vez no olvida que debe retornar constantemente a ella porque las realidades no son las ideas de las cosas, son más complejas. Por ello las ciencias morales, ordenadoras del hombre y de la sociedad, deben suponer una capacidad especial en el que las considera que es el entendimiento práctico que se perfecciona con la virtud de la prudencia. Y en esta materia, la certeza no es la de las ciencias matemáticas. Esta desconexión con la realidad ha causado estragos en la política, en la educación y en todas las actividades humanas de tres maneras.

Primero, viviendo una constante contradicción. Se defienden tesis materialistas, se niega el espíritu y se pretende hablar de libertad (que lo supone esencialmente); se habla del hombre y sus derechos, pero se lo reduce a un animal superior; se exalta la paz y el pacifismo, pero se defienden las tesis de Marx que son esencialmente conflictivas; de democracia y libertad y se generan los totalitarismos del Estado; de derechos humanos y se instalan las legislaciones abortivas; se abomina del ‘dogmatismo’ (legítimo, como es el de la Revelación) y se crean nuevos “dogmas” como el evolucionismo o la democracia; se reprueba el autoritarismo, el militarismo y la violencia y se defiende a Fidel Castro...

Segundo, aniquilando al mismo hombre en nombre de la exaltación del hombre. Es sabido que la Revolución Francesa fue la generadora del primer genocidio ideológico de la

⁴⁷ Karl Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, tesis VI.

⁴⁸ *El contrato social*, I, 7.

⁴⁹ “Fanático” significa “católico”. *Tratado de la tolerancia*.

historia... en nombre de la “libertad, igualdad y fraternidad”. Los teóricos camboyanos del marxismo, que habían estudiado en La Sorbona de París, masacraron un tercio de la población por no acogerse a la Revolución liberadora del hombre.

Tercero, pasando constantemente de un error a otro. Pues cuando la realidad desmiente a gritos las teorías de los ideólogos se cae en los errores contrarios. Uno de estos ideólogos sera simpatizante de los delincuentes y crítico de la policía hasta quererla desarmada.... hasta que lo asalten o le maten un hijo. Entonces se convertirá en el más duro de los justicieros. Querrá total libertad de opinión y acción de las masas movilizadas por los agitadores... hasta que tome el poder. Entonces se convertirá en el más duro de los represores. Así, del individualismo al colectivismo, de espiritualismo al materialismo, de la libertad absoluta a la tiranía, etc.

Jamás la ideología percibirá la medida de las cosas.

2- **Monismo.** Es decir, que toda realidad es comprendida y manipulada a partir de una idea abstracta originaria. Esta idea fecunda es al modo de una deidad que da la inteligibilidad a todo y todo lo resuelve a partir de ella. Para el liberal será la libertad, para el marxista sera la propiedad privada, para el nazi la raza y para el tecnócrata la eficacia. Todos los males tienen así fácil explicación y respuesta. Jamás la ideología coteja o verifica con la realidad objetiva. A su vez, aunque sea a la fuerza, debe imponerse al hombre y a la sociedad para que de ella advengan todos los bienes.

A modo de ejemplo, todos los males sociales del mundo de hoy proceden de la ideología nazi-fascista; los problemas psicológicos por el “tabú” del sexo que sembró la Iglesia; los males económicos políticos, sociales, el bajo rendimiento escolar y hasta las traumas psicológicos de nuestra patria a los golpes militares y la falta de democracia, etc...

3- **Maniqueísmo.** Es una consecuencia de lo anterior. Toda la realidad ahora se va a concebir simplificada como buena o mala, sin posibilidad alguna de convivir. Doble falsedad: la realidad se ha simplificado a la vez que se ha puesto en conflicto (dialectizado) en una lucha que le es irrenunciable. Todas las acciones serán buenas si responden a esa idea generadora, malas si la niegan. El mundo se dividirá en réprobos y elegidos. No hay más complejidad de la realidad ni matices. Cuando los portadores de la ideología adquieren el poder, lo llevan adelante de una manera absolutamente implacable y despiadada, al modo de una lucha religiosa, apocalíptica, entre el bien y el mal.

En estos falsos esquemas es analizada la realidad histórica y actual. Entonces la España misionera y conquistadora del siglo XVI será intrínsecamente mala en tanto que todos los nativos de América buenos; la pobreza y el “pueblo” son buenos en tanto que los ricos y los que detentan alguna autoridad serán malos; no queda más posibilidad que ser liberal o de izquierda so pena de caer en al abismo del nazi-fascismo; toda fuerza de seguridad (policía, ejército) es malo en tanto que los delincuentes gozan de las simpatías; los guerrilleros de los años 70 son todos jóvenes idealistas e inocentes en tanto que los opuestos, civiles o militares, serán automáticamente perversos represores; se es democrático o antidemocrático (por lo tanto golpista y autoritario); no queda otra que ser de derecha o de izquierda; etc. Por supuesto que los que presentan y agudizan estos esquemas dialécticos no les interesa para nada ni los pobres, ni el pueblo ni los indios. Sólo están usando un esquema capaz de estimular y desatar con eficacia las pasiones humanas y los conflictos. Especialmente la envidia, la ira y la soberbia. Todos falsos dilemas y falsas soluciones.

Hay que destacar al respecto dos notas características muy actuales.

Una es la capacidad para generar la actitud propia del **fanático**, que curiosamente el

ideólogo atribuye al hombre religioso. Es que toda actitud religiosa es para la ideología, por definición, un fanatismo, un **fundamentalismo**. Esta actitud está reservada de modo legítimo, sólo al ideólogo pero en el campo de la inmanencia.

Otra es el del nacimiento de los **totalitarismos**. Ellos son esenciales a la ideología, no algo accidental o su oposición. No sólo porque los ideólogos se sienten los infalibles portadores de bien y la felicidad de la sociedad, sino porque se sienten dueños de la vida total de los individuos, que en realidad no son sino una materia amorfa que deben moldear.

El liberalismo, desde sus comienzos, se ha manifestado tan “tolerante” y paradójicamente de la más absoluta incapacidad para la tolerancia. Lo demuestran las frases de dos padres de la Revolución Francesa antes citados, Rousseau y Voltaire, y nos advirtió hasta dónde es capaz de llegar con la represión de los contra-revolucionarios del oeste francés (vandeanos). Lo mismo el marxismo, que tiene en sus entrañas de manera más explícita este principio en su esquema de “lucha de clases”. Así por ejemplo:

“La historia de toda sociedad, hasta nuestros días, es la historia de la lucha de clases... En nuestros días... toda la sociedad se divide cada vez más, en vastos campos contrapuestos, en dos clases directamente enfrentadas: burguesía y proletariado”.... “Los comunistas declaran abiertamente que no pueden alcanzar sus objetivos más que destruyendo por la violencia el antiguo orden social”⁵⁰. En otra obra había concluido: “Lucha o muerte; guerra sangrienta o nada. Así está la cuestión implacablemente planteada”⁵¹. Para un marxista, la historia es la historia de las revoluciones.

Hoy podemos ver la tiranía de la democracia con los que se oponen a sus principios y decisiones y su creciente invasión en la vida privada de las familias y ciudadanos.

4- Optimismo. Es otra de sus constantes. Ya Hobbes y Locke habían anticipado a Rousseau en el optimismo antropológico: el hombre es radicalmente bueno. La presencia del mal en el mundo no se origina en la voluntad humana sino en ciertas estructuras. Por tanto el mejoramiento no llegará por las virtudes que corrigen y perfeccionan el ser del hombre. La justicia de que se habla no es ya una virtud del alma humana sino un estado de cosas. Con ello se ha quitado al hombre todo el peso posible de la culpa, la más onerosa de las cargas, y el único camino real de mejoramiento social.

El liberalismo ha dado la base a toda la ideología con su concepto de **libertad**, absolutamente opuesto al concepto cristiano. Para sus cultores, consiste en la simple espontaneidad del individuo, en la ausencia de coacción exterior, en la absoluta autodeterminación, sin referencia alguna a la verdad (por parte de la inteligencia) y el bien (por parte de la voluntad). La esencia del mal es la limitación a esa libertad absoluta; el bien máximo será su absoluta expansión. Como el modo más acabado de poder en el orden humano es el poder político, a este lo consideran como el *desideratum* máximo. Cuando esa libertad ha asumido el poder político, este se siente como absoluto y portador de una tarea mesiánica sobre la humanidad. Tenemos entonces el más despiadado de los totalitarismos.

El marxismo no ha hecho más que asumir esta misión sugerida por los liberales, corrigiendo algunos detalles de tipo político y económico, nada más. Es su natural continuidad. Para ellos la clase proletaria, santa y pura, encarnada en el partido, es la

⁵⁰ Karl Marx, *El manifiesto comunista*.

⁵¹ Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, ed. Siglo XXI, Bs As. 1954, p. 160.

portadora de la redención. “El Partido comunista (El Partido obrero social-demócrata o bolchevique tomó oficialmente este nombre a partir del 1918) es la realización más acabada , en el plano de la eficacia práctica, de la idea de Rousseau sobre el legislador. Lo que dice el partido es verdadero por decirlo el partido: es imposible que se equivoque”⁵². Con este punto entramos en la última nota que le es esencial.

5- Mesianismo temporal. Es un simple corolario de lo antedicho. Al negar toda trascendencia y afirmarse la absoluta autonomía del hombre bueno, este será el gestor infalible de un estado de felicidad que anhela irrenunciablemente todo hombre. Siempre como una promesa futura, instalará él mismo el paraíso en la tierra. Al desaparecer todo vestigio religioso, la política será su sustituto. Esta asumirá esa noble tarea ocupando el ideólogo el lugar del profeta de esa nueva religión. El que tenga en su mano el poder será el sustituto del mismo Dios. La humanidad se habrá dado a sí misma la felicidad. La fe y la esperanza no se han eliminado del horizonte humano, sino que se han secularizado. La fe será en el acto electoral, en la Democracia, en los legisladores o las directivas del partido comunista. La esperanza será en esa felicidad futura que nacerá de la evolución de las instituciones humanas por el progreso o la instalación de la dictadura del proletariado.

En tiempos de la Ilustración es cuando nace la idea, aparentemente inocua, del **progreso indefinido**. Concepto de raigambre cristiano, si se refiere al crecimiento del Cuerpo Místico de Cristo o al progreso peregrinante hacia el fin de los tiempos. O, en todo caso, legítimo, si se refiere al crecimiento de las ciencias experimentales y la técnica. Pero el fondo de este nuevo concepto es ideológico. Las promesas y esperanzas sobrenaturales se han secularizado. Se refiere esencialmente al avance que ha significado el “*Siglo de las Luces*” respecto al “*oscurantismo medieval*”. Son también elocuentes los gestos, en plena Revolución Francesa, como la adoración de la constitución, calendario secular, nuevo cómputo de los años, nacimiento de los “himnos” (género literario sólo usado para honrar a Dios), etc. Más aún en la revolución marxista en que Marx describe el estadio de felicidad final, la dictadura del proletariado, con términos tomados de Isaías. Su raíz judía le había sugerido esa secularización de las promesas mesiánicas. Este tipo de **utopías** va a ser inseparable de la mentalidad ideológica. Es sorprendente la ingenuidad con que estos profetas “esperan” esos tiempos futuros. León Trotsky, uno de los principales revolucionarios rusos, decía muy convencido que “*pronto, incluso los hombres menos dotados estarán a la altura de Miguel Angel y Leonardo da Vinci*”.

Con gran agudeza y humor, el Padre Castellani expresaba así lo que él llamaba el *Credo del incrédulo*⁵³:

*Creo en la Nada Todoproductora d'onde salió el Cielo y la Tierra.
Y en el Homo Sapiens su único Hijo Rey y Señor,
Que fue concebido por la Evolución de la Mónera y el Mono.
Nació de la Santa Materia
Bregó debajo del negror de la Edad Media.
Fue inquisicionado, muerto achicharrado
Cayó en la Miseria,
Inventó la Ciencia*

⁵² J.A.Widow, op. cit., p. 385.

⁵³ *Las ideas de mi Tío el Cura*, Ed. Excalibur, Bs. As. 1984, p. 148.

*Ha llegado a la era de la Democracia y la Inteligencia.
Y desde allí va a instalar en el mundo el Paraíso Terrestre.
Creo en el libre Pensante
En la Civilización de la Máquina
La Confraternidad Humana
La Inexistencia del pecado,
El Progreso Inevitable
La rehabilitación de la Carne
Y la Vida Confortable. Amén.*

Podemos decir que estamos ante un caso elaborado y avanzado de la vieja tendencia **gnóstica**. Esta, en sus múltiples expresiones doctrinales e históricas, es la sustancia de toda herejía, la herejía perenne, como se la ha llamado. Ello no se explica esencialmente por razones de influjo cultural sino por responder a la inclinación más profundamente desordenada y constante del espíritu humano: la **soberbia**.

Si buscáramos en la modernidad las personas que han encarnado mejor este espíritu de soberbia hechos ideología nos vienen naturalmente a la mente, ante todo, el generador de todos ellos: José Guillermo Federico Hegel (1770-1831). Para él hay una realidad única, que es sujeto, que se despliega en contradicciones a través de la historia y se va superando a sí mismo hasta que el Espíritu llegue a la conciencia absoluta de su libertad. Karl Marx (1818-1883) cuyo ateísmo absoluto se complementa con la divinización de la materia a donde traslada los atributos divinos. Friedrich Nietzsche (1844-1900), que con su “voluntad de poder” y el “superhombre”, se apropia las simas de la divinidad a la vez que no dejaba de manifestar su verdadera fobia hacia toda norma moral o expresión religiosa, hasta llegar a la “muerte de Dios”. Jean Paul Sartre (1905- 1980) cuya descripción del hombre normal coincide con el neurótico de Adler y el hombre soberbio del cristianismo⁵⁴.

III- LA IDEOLOGIA, EXPRESION SOCIAL DE LOS PECADOS DE SOBERBIA Y CONTRA EL ESPIRITU SANTO

Si analizamos el conjunto de rasgos, podemos detectar que estamos ante diversas expresiones, doctas si se quiere, de un espíritu, una tendencia arraigada en todo espíritu humano: la soberbia. ¿Qué es ese fastidio teológico, de la Ilustración en adelante, por la gratuita luz Divina? ¿Qué es esa complacencia en la absoluta autonomía del hombre, considerarse ley para sí mismo, sin sujeción alguna? ¿Dónde se inspira el concepto moderno de *libertad*, entendido como un absoluto? ¿O la certeza de ser inmaculado y capaz de autoredimirse? ¿Qué significa el gusto por la transgresión⁵⁵ o la excesiva tolerancia por el transgresor? ¿Por qué resulta molesta toda excelencia humana, sean los héroes, los santos o incluso el mismo Jesucristo? ¿No nace en tiempos de la ideología de la Ilustración el “dogma” del evolucionismo (porque no es un postulado científico) como un arma contra el

⁵⁴ Martín F. Echavarría, *La soberbia y la lujuria como patologías centrales de la psique según Alfred Adler y Santo Tomás de Aquino*, en *La psicología ante la gracia*, Ed. Educa, Bs. As. 1999, p. 72, nota 81.

⁵⁵ Decía San Agustín que lo que atrae en cualquier infracción de un mandamiento o una prohibición, es que en el momento de la transgresión podemos parecer más fuertes y poderosos que quien impuso el mandato.

estado de “justicia original”⁵⁶ o incluso la misma creación? ¿Qué significa la osadía contemporánea de poner a “Dios en estado de sospecha, más aún, de acusación ante la conciencia de la criatura”⁵⁷? ¿Qué es esta ceguera suicida del hombre que está aniquilando golpe a golpe su mismo seno familiar? ¿Quién alimenta esa tendencia ya instintiva de todo sistema político, incluso el llamado falsamente *democrático*, al totalitarismo del Estado? ¿Dónde se alimenta esa libertad descarada para falsificar la historia en beneficio de la propia ideología? ¿No escuchamos hablar exclusivamente de los *derechos humanos* y jamás de los *derechos divinos*? ¿No está sometido el hombre de hoy a una sucesión de implacables manipulaciones por parte del poder? ¿No es en su esencia sino el tan antiguo pecado de soberbia?

La aparición de las ideologías reviste una doble gravedad. Si, por un lado, se trata de el más nefasto de los pecados, por otro debemos agregar que los tiempos han hecho posible que este pecado se haya hecho **cultura** hasta convertirse en lo que se ha llamado hoy “**pecado social**”. Así nos hablaba Juan Pablo II en su encíclica sobre el Espíritu Santo:

*“Por desgracia, la resistencia al Espíritu Santo, que san Pablo subraya en la dimensión interior y subjetiva como tensión, lucha y rebelión que tiene lugar en el corazón humano, encuentra en las diversas épocas históricas y, especialmente, en la época moderna su dimensión externa, concentrándose como contenido de la cultura y de la civilización, como sistema filosófico, como ideología, como programa de acción y formación de los comportamientos humanos... El sistema que ha dado al máximo desarrollo y ha llevado a sus extremas consecuencias prácticas esta forma de pensamiento, de ideología y de praxis, es el materialismo dialéctico e histórico, reconocido hoy como el núcleo vital del marxismo”*⁵⁸.

No es casual que la tentación a nuestros ancestros haya sido justamente el pecado ideológico: “Se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal” (Gén 3, 5), y que este vaya a ser el pecado del anticristo: “El hombre impío, el hijo de perdición, el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el santuario de Dios y proclamarse que él mismo es Dios” (2 Tes 2, 3-4).

El espíritu soberbio es en realidad una cumbre en el orden de la rebeldía de la creatura. Fue el pecado de los ángeles y lo han sugerido a los hombres con toda la seductora fascinación que lleva en su entraña. Por eso está y estará en las simas históricas en el orden del mal. Podrá concretarse de muchas maneras en sistemas filosóficos o políticos, pero su sustancia última es idéntica.

⁵⁶ Estado del hombre, dado sólo en Adán y Eva, que consistía en la posesión de los dones sobrenaturales (gracia santificante, virtudes y dones) y preternaturales (inmortalidad, impassibilidad, integridad y sabiduría), perdidos por el pecado original.

⁵⁷ Ibid 37.

⁵⁸ Dominum et vivificantem, 56.

IV- CONCLUSION

En primer lugar, hemos de hacer de la realidad actual un verdadero diagnóstico. Para lo cual no bastan las consideraciones económicas o sociológicas. El **problema de fondo es teológico**. Lo cual significa que no se entiende sino a la luz de la Revelación cristiana ni se resuelve sin la gracia de Dios. Todos los fenómenos sociales o históricos se reducen al hombre. Comprender el hombre teológico es comprender la historia y el momento presente en su última dimensión.

En segundo lugar, debemos saber interpretar las señales de la Providencia de Dios o las **manifestaciones de Dios en la historia**, llamados en la Escritura “*signos o señales de los tiempos*” (Mt 16, 3; Lc 12, 54-56). En la historia de Israel la intervención de Dios era interpretada por los Profetas. En la era cristiana el profetismo continúa en la Iglesia y está contenido especialmente en la misión sacerdotal, y en una segunda instancia, en todo bautizado. Cuando el pueblo cristiano está ciego, Dios suple con intervenciones “proféticas” extraordinarias, como ha sido claramente en caso de las apariciones de la Santísima Virgen en Fátima, donde anuncia los principales acontecimientos del siglo XX a la vez que los motivos del obrar (positivo o permisivo) de Dios⁵⁹.

En tercer lugar, no debemos desconocer que los pecados sociales, y ahora universales o “globalizados”, merecen **castigos sociales**, como ha advertido toda la tradición cristiana. San Agustín lo fundaba con este lúcido razonamiento: “*Dios, en la misma distribución de bienes y males hace más patente con frecuencia su intervención. En efecto, si ahora castigase cualquier pecado con penas manifiestas, se creería que no reserva nada para el último juicio. Al contrario, si ahora dejase impune todos los pecados, creeríamos que no existe la Providencia Divina. Otro tanto sucede con las cosas prósperas ...*”⁶⁰. Además los pecados del espíritu son penados en el cuerpo, donde la evidencia es mayor para el hombre corrompido, sin dejar por ello de ser penas medicinales, como lo son en esta vida⁶¹. Dios castiga en esta vida para convertir, para sanar. Y no se piense que esta pedagogía es del Antiguo Testamento. “También en el Nuevo Testamento hay algunos carnales, que no llegan aún a la perfección de la Ley Nueva, a los cuales fue preciso inducir a las obras de virtud con el temor de los castigos y con algunas promesas temporales”⁶². Si la rebeldía contra Dios es culpa, ciertos pecados que más lo humillan y deshumanizan son pena. La “muerte de Dios” es castigada con la “muerte del hombre”. La “cultura de la muerte” en muchos de sus manifestaciones (guerras, terrorismo, droga, sida, etc) tiene un claro sentido penal. El *hijo pródigo* de la parábola, cuando creyó ser más hombre gozando plenamente de su libertad es cuando acabó en la más inhumana de las miserias.

⁵⁹ Me he ocupado del tema en “Fátima, un examen de conciencia ante el tercer milenio”, Gladius 40 (1997), págs. 53-89; editado aparte por editorial Apostolado de Fátima. Debe hacerse la correspondiente “fe de erratas”, el lo referente a las conjeturas de la tercera parte del secreto, dadas a conocer por Juan Pablo II.

⁶⁰ *De civitate Dei*, I, 8, 2.

⁶¹ II-II, 108, 3 ad 2.

⁶² I-II, 107, 1 ad 2; citado por el *Catecismo de la Iglesia Católica* n° 1964.

En cuarto lugar, debemos recordar que un *hábito* es una cualidad *difícilmente movable*. Por tanto **la ideología, cuyo substrato es la soberbia hecho hábito social, es difícil de cambiar**. Ello tiene una gran importancia histórica, pues si muere una ideología por agotamiento, será reemplazada por otra. Muchos se ilusionaron con el final del liberalismo radical o del marxismo soviético. Creo que hay que esperar otra nueva que se está gestando que vuelva a satisfacer las *pasiones masivas del mundo moderno*. Una ideología no se destruye con otra contraria, pues *contraria sunt in eodem genere* (los contrarios pertenecen al mismo género), decían los antiguos. Si las conversiones individuales son raras y un verdadero milagro de Dios, muchísimo más las conversiones sociales. No obstante ha ocurrido tantas veces en la historia que Dios ha mostrado más patente su presencia cuando más parecía borrarse su reconocimiento en la sociedad. En el fracaso humano del Calvario fue cuando se convierten el buen ladrón, el centurión pagano y la misma naturaleza confiesa a su Creador.

P. Ramiro Sáenz